

# **UNIVERSIDAD Y SOCIEDAD: UNA RELACIÓN PARADÓJICA**

**Joaquín Barceló\***

\* Decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Universidad Andrés Bello

## RESUMEN

Este artículo se refiere a un aspecto en que la universidad y la sociedad exhiben una notable similitud, y que se muestra siempre como un problema nunca suficientemente resuelto: la tensión entre conservadurismo e innovación, que en la universidad se refleja en la docencia y la investigación respectivamente. El autor muestra cómo ambas fuerzas divergentes producen el juego que hace posible a las sociedades y, por ende, a sus instituciones. La tensión en que vive la universidad es vivo reflejo de la tensión en que vive toda sociedad. Por lo tanto, jamás una universidad logrará mantenerse en la existencia si con obstinación insiste en ser diferente de lo que desea la sociedad que la alberga y sustenta. Si el estudio, la tarea universitaria por excelencia, engendra la tensión de las tendencias contrapuestas entre la conservación y la creación de saber, esa misma tensión produce el movimiento y los cambios que mantendrán en marcha a la sociedad, y retroalimentará a las universidades mismas en su quehacer.

## ABSTRACT

*This paper addresses an aspect in which universities and society exhibit a notable similarity and which has always been an inadequately resolved problem: the tension between conservationism and innovation which, in universities is reflected in teaching and research, respectively. The author shows how both diverging forces produce the interplay that makes society possible and hence, its institutions. The tension in which universities live reflects that of society as a whole. Therefore, universities will not be able to exist if they obstinately insist in differing substantially from what society æthat sustains and shelters themæ wants them to be. If studies –the universities’ duty par excellence– engenders the tensions of conflicting tendencies between the conservation and the creation of knowledge, that same tension produces movement and the changes that maintain society in motion, and provide feedback to the universities themselves in their inherent duties.*

## UNIVERSIDAD Y SOCIEDAD: UNA RELACIÓN PARADÓJICA

Las personas que tenemos la costumbre de leer escritos de carácter filosófico solemos atribuir especial valor a las preguntas que surgen en torno al hacer y no hacer humanos; más todavía, muchas veces valoramos mejor las preguntas mismas que sus respuestas, incluso las dadas por los más esclarecidos pensadores. Y algunos nos regocijamos hasta el exceso, con un placer íntimo y duradero, cuando tropezamos con alguna paradoja que somos incapaces de resolver. Ello no ha de ser, creemos, un vicio intelectual, porque también los matemáticos (pensemos en Russell, Gödel y otros), a quienes admiramos por la limpieza y el rigor (y a veces también por la elegancia) de sus razonamientos, parecen deleitarse igualmente con las conclusiones paradójicas.

Digo lo anterior para explicar por qué no deseo escribir aquí sobre cuán importantes son las universidades para la sociedad, sobre cómo ellas son valiosas factorías de profesionales y, a la vez, insustituibles centros de atesoramiento y difusión de la cultura, o sobre las diversas formas en que una sociedad puede estimular –o frenar– el desarrollo de esas instituciones. Acerca de estos temas se ha escrito mucho y muy bien, y no es pertinente seguir abundando en ellos. Quisiera más bien referirme a un aspecto en que la universidad y la sociedad exhiben una notable similitud, y que se muestra siempre como un problema nunca suficientemente resuelto.

Es habitual en nuestro país pensar a la universidad como una institución cuyas funciones esenciales son la docencia, la investigación

y la extensión<sup>1</sup>. Recuerdo que Joaquín Luco, el inolvidable neurofisiólogo que acostumbraba plantear los problemas serios con ayuda de alguna comparación brillante e ingeniosa, solía referirse a esta triple función como análoga a la inmortalidad de los antiguos egipcios: originalmente, decía, sólo el faraón era inmortal; con posterioridad, los sacerdotes, a medida que fueron adquiriendo poder, forzaron el reconocimiento por decreto de que ellos también eran inmortales; por último, otro decreto real confirió la inmortalidad a todo el pueblo, que exigía análogo privilegio. Del mismo modo, decía Luco, todos en la universidad eran originariamente profesores o ayudantes o alumnos; de pronto, por decreto, resultó que, además, todos eran también investigadores. La idea subyacente a la comparación era, por cierto, que la investigación es una actividad propia de elites, de pequeños grupos selectos, y no adecuada para todo el mundo: se puede ser un buen profesional y un estupendo docente sin necesidad de tener aptitudes para la investigación o, incluso, interés por ella. Efectivamente, la investigación parece introducir un factor de perturbación en la actividad de la docencia universitaria, amenazando con exponer a la universidad misma a ser inconsistente, al menos en apariencia, como institución.

Todos entendemos, en efecto, que la universidad es una institución dedicada a la custodia del conocimiento y a la promoción del saber. No reparamos suficientemente, tal vez, en el hecho de que estas dos tareas persiguen fines divergentes. La universidad, por una necesidad constitucional, debe custodiar ciertamente el conocimiento adquirido porque, de otro modo, ¿cómo podría transmitirlo al ejercer su función docente? Desde esta perspectiva, ella es una institución eminentemente conservadora; y como todo conocimiento ya adquirido y custodiable pertenece al pasado, la universidad corre siempre el riesgo

---

1 A la crítica que sigue de dicha enumeración podría añadirse esta otra: la función más importante y radical de la universidad, de la cual nacen todas las otras, es el estudio. Profesores y alumnos estudian en la universidad, y la única diferencia entre ellos es que los unos ya están en posesión de sus títulos profesionales o grados académicos, en tanto que los otros, aspirantes a los mismos, necesitan ser orientados, guiados y estimulados por los primeros, que ya han recorrido parte del camino del saber. Docencia, investigación y extensión constituyen formas de adquisición del saber –mediante el estudio de lo que ya se sabe o de lo que está por averiguarse– y de participación de dicho saber para que otros puedan, a su vez, estudiar. No será superfluo recordar que el significado originario del término “estudio” (lat. *studium*) fue empeño, afán, asidua dedicación a una actividad.

de ejercer el conservadurismo en la peor y más retardataria de sus formas, esto es, la del conservadurismo anticuario, el que considera que lo antiguo es mejor por el solo hecho de ser antiguo. Es lo que ocurrió, se nos dice, durante varios siglos durante la Edad Media, cuando la autoridad de Aristóteles se impuso en algunas áreas del saber acerca de la naturaleza animada e inanimada, impidiendo el progreso científico<sup>2</sup>. Pero hay también un aspecto diferente y hasta opuesto del quehacer universitario. Al promover el saber, tarea que se cumple del modo más radical en las actividades de investigación original y no repetitiva, la universidad tiene que estar preparada para la eventualidad de tener que declarar inválido el conocimiento anteriormente adquirido y celosamente custodiado. Desde este punto de vista, ella es una institución esencialmente revolucionaria; la investigación misma está siempre movida por un inconformismo, por la voluntad de no resignarse a saber únicamente lo que ya se sabía y en la forma en que se sabía.

Hay, pues, en toda verdadera universidad, una tensión entre el espíritu conservador que atesora conocimientos, los imparte en la docencia y prepara de este modo técnicos y profesionales competentes, y el espíritu revolucionario que anima a la investigación e intenta destruir prejuicios y nociones mal fundadas, aun al precio de demoler el majestuoso edificio del saber que había sido construido con tanto esfuerzo y abnegación, en un área determinada. Es la tensión propia de la vida. Que la investigación enriquece a la docencia es, hoy, un lugar común en todos los discursos académicos; menos común es observar que ambas fuerzas operan en sentidos contrarios y que, por eso, enriquecen conjuntamente a la vida universitaria, como las fuerzas de acción y reacción en los fenómenos de movimiento.

Esto obedece a una razón tan elemental que casi avergüenza mencionarla: si no se tiene la sólida base del dominio del saber ya adquirido y debidamente conservado, es imposible intentar la creación de nuevo saber mediante la investigación. Ello explica que las universidades más antiguas, que cuentan con un valioso tesoro acumulado de experiencia educacional, pueden ser en ocasiones poco

---

2 Dicha crítica, claro está, olvida que el “progreso”, como principio orientador del quehacer científico y tecnológico, es una idea moderna y, por tanto, inaplicable a la cultura medieval.

ágiles para incorporar los cambios que la sociedad, arrastrada por la corriente histórica, demanda de ellas. Universidades más nuevas, en cambio, suelen ser también innovadoras en el ofrecimiento de carreras no tradicionales, asunto que la población de adultos mayores podría mirar con cierta desconfianza, lamentando el “deterioro” de la educación superior.

La tensión en que vive la universidad es, por otra parte, vivo reflejo de la tensión en que vive toda sociedad. Un historiador sostenía que toda época, incluso la más pacífica, es un tiempo de crisis, de cambios a veces difícilmente discernibles, pero de permanente revisión de antiguos valores y legitimación de valores nuevos. Ello es efecto de los conflictos declarados o latentes entre las generaciones. Los jóvenes procuran imponer hábitos y valoraciones propios de un mundo futuro que intuyen tal vez confusamente, pero del cual tienen la certeza de que lo desean y de que no es el mismo que el de sus padres y maestros. Los viejos, en cambio, defienden los principios que ellos lograron imponer cuando fueron jóvenes, en la convicción de que dichos principios son los únicos capaces de asegurar una vida comunitaria ordenada en que reinen el acatamiento de las más altas normas y el debido respeto hacia los demás. Éstos, los viejos, son conservadores; aquéllos, los jóvenes, revolucionarios. Y así es como las instituciones administrativas, jurídicas, religiosas y educacionales proyectan siempre la imagen de ir marchando a la zaga de la comunidad a la que deben servir, por la simple razón de que han sido establecidas o consolidadas por personas que dedicaron a ello su juventud y su madurez, pero cuyo aporte pertenece ya al pasado.

¿Por qué, entonces, perduran las instituciones? Porque la revolución, aun la más pacífica y espiritualizada, es siempre entrópica respecto de la sociedad en que tiene lugar. Constantemente amenaza al orden establecido. Y ninguna sociedad puede subsistir sin algún tipo de orden. Por eso las instituciones se mantienen como baluartes del orden tradicional, se modifican a sí mismas lenta y paulatinamente y, de este modo, se ajustan al devenir histórico, pero desacelerándolo. Es, de nuevo, la tensión que hace posible el movimiento.

Con las consideraciones anteriores es coherente el hecho de que, en principio, jamás una universidad logrará mantenerse en la existencia si con obstinación insiste en ser diferente de lo que desea la sociedad

que la alberga y sustenta. Pero aquí surge también, acaso inesperadamente, la paradoja. Durante la Edad Media la autoridad solía conceder a las universidades exenciones y privilegios si ellas entregaban a cambio la formación intelectual o profesional que la época requería. En tiempos más modernos se les ha concedido financiamiento estatal o privado en forma de subvenciones, *grants*, contrataciones, aranceles, entre otros estímulos. Recientemente, sin embargo, la economía tiende cada vez más a traspasar el costo de la formación universitaria desde el Estado hacia los agentes privados. Esta política acentúa la dependencia del sistema universitario respecto del mercado, lo cual puede constituir una amenaza para las artes, las humanidades e, incluso, para ciertos tipos de investigación que no lograrían financiarse porque, para la asignación de recursos, los seres humanos tenemos necesidades más básicas, urgentes y prioritarias que las estéticas e intelectuales en general. Si entendemos por sociedad únicamente la suma de individuos que en ella se agrupan, con su acervo de necesidades y aspiraciones que habitualmente son bastante básicas y de corto alcance, la mencionada amenaza se hace real. Pero una auténtica sociedad –y no un mero conglomerado de personas– tiene también otros aspectos y recursos. Por eso, incluso en un sistema de libre mercado, la vida económica puede ser dirigida hasta cierto punto desde arriba, prestando una atención mayor a las necesidades de un pueblo en el largo plazo y menor a las necesidades inmediatas de los seres humanos comunes.

Así vemos, por ejemplo, que naciones muy liberales destinan hoy sumas enormes de dinero a la investigación espacial, aun cuando ésta no tendría por qué figurar entre las prioridades de toda la comunidad que la financia, formada por personas que deben resolver problemas mucho más urgentes y apremiantes pero, a la vez, muchísimo más modestos y, por eso mismo, dejados enteramente en sus manos. Los beneficios que una iniciativa de esa naturaleza puede traer a la sociedad que la promueve y financia suelen escapar a la penetración de las personas, incluso a veces de las más ilustradas, pero no por eso dejan de existir. El aporte que las universidades pueden hacer, en el sentido de fijar para la investigación objetivos que pueden resultar muy ajenos al común de los mortales, es particularmente valioso y pueden desempeñar en este respecto una función insustituible.

Una sociedad no puede sustraerse al paso del tiempo ni a los cambios propios de la historia. Tampoco pueden hacerlo, en consecuencia, una universidad y un sistema universitario. Es altamente probable que la universidad medieval tuviera principios y objetivos generales muy semejantes a los de nuestras universidades, pero hay diferencias entre éstas y aquéllas que se corresponden ciertamente con las diferencias entre la sociedad de hoy y la de entonces. De donde resulta que, por una ley histórica y no por deficiencia alguna debida a fallas humanas, una universidad no está nunca terminada de hacer, como tampoco lo está un país o la humanidad misma. Si el estudio, la tarea universitaria por excelencia, engendra la tensión de las tendencias contrapuestas entre la conservación y la creación de saber, esa misma tensión produce el movimiento y los cambios que mantendrán en marcha a la sociedad, y retroalimentará a las universidades mismas en su quehacer.